

» protestante, Sismonde de Sismondi, fué glorioso y hubiera
 » dejado sin duda alguna recuerdos muy profundos en la me-
 » moria de los hombres si hubiese vivido mas tiempo. La Italia
 » fué casi enteramente pacificada por su ánimo imparcial, en
 » circunstancias en que parecia inevitable la destruccion de
 » esta comarca en guerras civiles. El interregno del imperio
 » se concluyó con la eleccion de un príncipe que se cubrió de
 » gloria y que fundó una de las dinastías mas poderosas de
 » Europa. Fueron reconciliadas las Iglesias griega y latina.
 » Y en fin, un concilio ecuménico, presidido por este papa,
 » dió leyes útiles á la cristiandad y dignas á todas luces de tan
 » augusta asamblea. » El historiador de la Iglesia nada puede
 » añadir á un elogio tal, salido de la pluma de un protestante.

§ X. PONTIFICADO DE INOCENCIO V (21 de enero-18 de junio de 1276).

44. Conforme al decreto del décimocuarto concilio general, se juntó el conclave, y diez dias despues de la muerte de Gregorio X fué elegido papa el cardenal Pedro de Tarantesa, que tomó el nombre de Inocencio V. Se disponia á venir á Roma Rodulfo de Habsburgo para recibir la corona imperial; pero el nuevo papa le envió legados, suplicándole suspendiese su viaje hasta la conclusion de un tratado definitivo entre él y Carlos de Anjou. Inocencio V temia que la presencia del nuevo emperador no reavivase la guerra entre Güelfos y Gibelinos, cuya paz no estaba aun consolidada, y que Rodulfo, despues de su coronamiento, no hiciese revivir las pretensiones de Federico II al trono de Sicilia. Restableció el pontífice la paz entre los Luquenses y Pisanos, y trataba de extirpar en su raíz los gérmenes de division que ensangrentaban ya la naciente ciudad de Florencia. Pero cuando la Iglesia se mecía en las mas halagüeñas y fundadas esperanzas, murió Inocencio V, el 18 de junio, cinco meses despues de su eleccion.

§ XI. PONTIFICADO DE ADRIANO V (4 de julio-18 de agosto de 1276).

45. El cardenal Ottoboni Fieschi, elegido papa bajo el nom-

bre de Adriano V, aun gobernó menos tiempo la Iglesia. Ya estaba muy gravemente enfermo cuando sus compañeros le eligieron. Su familia fué á darle la enhorabuena, pero el buen pontífice le dijo: « Mas quisiera hubiérais venido á ver á un » cardenal sano que á un papa moribundo. » Solo tuvo tiempo para revocar, con funesta precipitacion, la constitucion de Gregorio X, relativa á la celebracion del conclave, y murió el 18 de agosto de 1276.

§ XII. PONTIFICADO DE JUAN XXI (13 de setiembre de 1276-16 de mayo de 1277).

46. La corte pontifical, durante estas rápidas sucesiones de papas, continuaba en Viterbo. Roma, hecha presa mas que nunca de las furibundas facciones de Güelfos y Gibelinos, que se disputaban el poder, continuaba olvidando á sus soberanos legítimos y á agotar sus fuerzas en discordias perennes. Dos familias, la de Colonna y la de Orsini, ambas pretendiendo descender del imperio romano, luchaban para reconquistar su respectiva preponderancia. A la muerte de Adriano V, los cardenales, fundándose en la bula de revocacion que acababa de publicar este papa, rehusaron celebrar conclave. Mas el pueblo de Viterbo, temiendo una larga vacante peligrosa, les forzó á sujetarse á las disposiciones del décimocuarto concilio general; y el 13 de setiembre de 1276 fué elegido papa el cardenal portugués, Pedro Julian, que tomó el nombre de Juan XXI. De vastísima erudicion, y santidad no menor que su ciencia, el nuevo pontífice prometía á la Iglesia una administracion ilustrada y enérgica. Envió á Miguel Paleólogo legados encargados de ayudar á este príncipe en los esfuerzos que hacia para atraer en el Oriente los ánimos á la unidad católica, promulgada en el concilio de Lyon. Mandó tambien copiosos socorros en dinero á los cristianos de la Tierra Santa para ponerlos en estado de resistir al sultan de Egipto. Condenó las doctrinas erróneas de algunos miembros de la Universidad de París, que introducian en el estudio de la teología principios de un falso racionalismo. Pero un funesto accidente

le quitó la vida. Visitando el palacio pontifical que hacia construir en Viterbo, se desplomó un andamio que hirió gravemente á Juan XXI, el cual sucumbió seis dias despues, el 16 de mayo de 1277. La sola nota que pueda la historia echar en cara á este pontífice, es el haber sancionado la revocacion del decreto de los conclaves, hecha por Adriano IV.

§ XIII. PONTIFICADO DE NICOLAO III (25 de noviembre de 1277-22 de agosto de 1280).

47. Los cardenales, apoyándose en esta nueva sancion, no quisieron someterse á la entrada en conclave, y la Santa Sede quedó vacante mas de seis meses. Por fin, el 25 de noviembre de 1277, los votos recayeron en el cardenal Cayetano de los Ursinos, que tomó el nombre de Nicolao III. Llamó desde luego la atencion del nuevo papa la situacion del Oriente. Carlos de Anjou, rey de Sicilia, habia dado en matrimonio la mano de su hija á Felipe de Courtenay, hijo de Balduino II, último emperador latino de Constantinopla. No ocultaba su intencion de echar abajo á Miguel Paleólogo, y volver á restaurar en favor de Balduino un trono, del cual seria heredera su hija. La reunion de las dos Iglesias, procurada por Miguel Paleólogo, en el concilio de Lyon, si no fuera obra de una fe sincera, cuando menos fué un golpe maestro de hábil político. Tal reunion le granjeaba al emperador griego las simpatías de la Santa Sede y le procuraba un defensor contra las tentativas del rey de Sicilia. Por desgracia el cisma griego habia entrado ya en las costumbres de las poblaciones degeneradas del Oriente. A su regreso del décimocuarto concilio general, los embajadores imperiales fueron acogidos con imprecaciones por el clero y pueblo, que les trataban de herejes y apóstatas. Los firmantes griegos del tratado de reunion y sumision á la Santa Sede no eran hombres para padecer martirio por la fe jurada; así es que hollaron cuanto habian hecho en Lyon. El patriarca de Constantinopla Vecco, que de su propia mano habia redactado el juramento de obediencia á Roma, no vaciló despues en publicar un decreto que ponía en la categoría de los compañeros

de Judas los que abjurasen el cisma, y reconociesen la supremacía de la iglesia latina. Carlos de Anjou se aprovechó de esta ocasion y reaccion para continuar sus armamentos contra Paleólogo. Nicolás III, de quien era vasallo feudatario, como rey de Sicilia, le contuvo en su belicosa empresa. Carlos, haciendo callar á su desesperacion, se inclinó bajo las órdenes formales del papa, « y mordía de rabia, segun cuenta un historiador contemporáneo, el cetro de marfil que llevaba siempre en la mano. » Sin embargo, el soberano pontífice envió á Constantinopla legados encargados de apresurar la ejecucion del tratado de union. Miguel Paleólogo respondió á estas instancias con magníficas promesas, que tal vez no estaba en su mano cumplir, aun cuando lo hubiese querido efectivamente. Al mismo tiempo estaba preparando contra Carlos de Anjou una baja y cruel venganza.

48. La actividad de Nicolás III se multiplicaba para hacer frente á la vez á todas las necesidades de la Iglesia. Se esforzaba en restablecer la paz entre los reyes de Francia y de Castilla. Felipe el Atrevido (ó Animoso) habia abrazado la causa de los Infantes de la Cerda, despojados por su tío Don Sancho IV del trono de Castilla. (1). Los esfuerzos del papa fueron coronados de buen éxito. Nicolás III, por medio de una bula muy lisonjera á los Franciscanos, los defendió contra sus calumniadores. Mantenia al mismo tiempo con Rodolfo de Habsburgo una correspondencia seguida sobre un designio, cuya realizacion hubiera tenido resultados inmensos para el porvenir de la Italia y de la Europa entera. El papa habia concebido la idea (acogida por Rodolfo) de partir el imperio en cuatro grandes soberanías: la de Alemania, para la posteridad de Rodolfo de Habsburgo, y la de Viena en el Delfinado, que se hubiera dado en dote á Clemencia, hija de Rodolfo y mujer de Carlos Martel, nieto del

(1) Los Infantes de la Cerda eran hijos de don Fernando, primogénito de Alonso X, muerto antes que su padre. Don Sancho, su hijo segundo, pretendió que el derecho le iba á él á la muerte de su padre, pues que su hermano habia muerto antes de heredar el reino. De aquí los disturbios. Mas don Alonso X habia declarado, al tiempo de morir, sucesor suyo á su hijo don Sancho. (El Traductor.)

rey de Sicilia. La Italia debia partirse en dos reinos : uno en Sicilia, otro en la Lombardía. Pero hizo abortar este vasto designio la muerte prematura de Nicolás III, en 22 de agosto de 1280.

§ XIV. PONTIFICADO DE MARTINO IV (24 de febrero de 1281-28 de marzo de 1285).

49. Despues de vacar la Santa Sede seis meses, por causa de mala inteligencia de los cardenales y de las intrigas de los partidos Güelfo y Gibelino, fué elegido papa el cardenal Simon de Briena, que tomó el nombre de Martin, en recuerdo de la Iglesia de san Martin de Tours, de que habia sido canónigo tesorero. Se le llamó comunmente Martino IV, á pesar de no ser realmente sino II; pero se han contado como Martinos los dos papas Marino I y Marino II. El gobierno de Martino IV se inauguró con un tratado con los Romanos muy extraordinario. Cansada de la anarquía republicana, que fermentaba en su seno hacia medio siglo, esta ciudad sentia la imperiosa necesidad de volver en fin al gobierno pontifical, que, solo, podia darle calma y prosperidad. Pero no herir las preocupaciones populares con el inmediato restablecimiento de una autoridad monárquica, se recurrió á un compromiso. Martino IV fué elegido senador del pueblo romano, y en esta calidad encargado de administrar la ciudad. « Considerando, dice el » acta de eleccion del 10 de marzo de 1281, las virtudes de nuestro » santo Padre el papa Martino IV y su amor por esta ciudad » y pueblo de Roma; esperando que con su sabiduría podrá » restablecer el buen orden y la tranquilidad, le hemos entregado, no en razon de su dignidad pontifical, sino por miramiento á su mérito y al lustre de su cuna, el gobierno del » senado de Roma y su territorio para ejercerlo durante toda su » vida. » El papa no creyó que este tratado le asegurase bastante preponderancia en Roma para determinarle á fijar en ella su residencia. Continuo su morada en Viterbo, donde muy pronto le llegó una noticia, cuyas resultas debieran sentirse en toda Europa.

50. El guante echado desde el cadalso por el desgraciado Conradino, habia sido recogido por un caballero de Salerno, Juan de Procida, que juró vengar la muerte del jóven príncipe. Juan se habia retirado á la corte de Pedro III, rey de Aragon, esposo de Constanza, hija de Manfredo y última heredera de la casa de Hohenstaufen, porque Federico II, en su testamento, á defecto de sus hijos legítimos, habia declarado á Manfredo, su hijo natural, heredero de todos sus derechos de soberanía. Dotado de un carácter firme y de una voluntad incontrastable, Juan de Procida no pasó un solo dia de su vida sin buscar medios cómo cumplir con su juramento. Habia ido dos veces á Constantinopla para empeñar á Miguel Paleólogo á entrar en una conspiracion que organizaba en vasta escala, y cuyos riesgos ó ventajas habia consentido en tomar Pedro III. El emperador griego, para vengarse de Carlos de Anjou, habia suministrado una suma de trienta mil onzas de oro, que habia de contribuir á una invasion en la Sicilia. Por su lado, el rey de Aragon preparaba un armamento considerable, cuyo verdadero motivo ocultaba. El papa Martino IV le preguntó en vano hácia qué punto pensaba dirigir su empresa : el rey de Aragon se rehusó á dárselo á conocer. « Si una mano mia pudiera decírselo á la » otra, yo me la cortaria, » añadió Pedro III. El papa se contentó con decirle, que le prohibia expresamente atacar á ningún príncipe cristiano. Desconfiados andaban Martino IV y Carlos de Anjou; pero estaban muy lejos de prever et terrible resultado de la conjuracion. Juan de Procida y los principales señores sicilianos se habian reunido en Palermo para celebrar la Pascua. El lunes 29 de marzo de 1282, en el momento en que las campanas tocaban á vísperas, todos los Franceses fueron muertos, sin distincion de edad, sexo ó condicion. Se les reconocia haciéndoles pronunciar la voz italiana *ciceri*; y ni uno solo se escapó de la rabia del pueblo. Esta horrible jornada ha tomado el nombre famoso de *Vísperas sicilianas*. Los conjurados se repartieron luego por toda la isla, renovando iguales escenas de matanza. Costó esta catástrofe la vida á mas de veinte mil Franceses. La corte de Roma supo con horror

esta noticia, y Martino IV prometió á Carlos de Anjou todos los recursos espirituales y temporales de que podia disponer. Publicó sentencia de excomunion contra los autores de esta mortandad, y contra Pedro de Aragon y Miguel Paleólogo, sus cómplices. La ciudad de Palermo dirigió al papa una apologia que concluia con una grosera insolencia. « Despues de la » matanza de Franceses, decian los Sicilianos, levantamos el pendon de san Pedro y nos pusimos bajo la proteccion de la » Iglesia romana; pero porque nõ os dignásteis vos escuchar » nuestras quejas y plegarias, Dios ha enviado á nuestro » socorro otro Pedro que no aguardábamos. » Estè era Pedro de Aragon, el cual, á la noticia de las Vísperas sicilianas, fué á desembarcar con su flota á Palermo, donde fué coronado rey de Sicilia. El papa respondió á esta audacia inaudita, declarando á Pedro III privado del trono, y absolviendo á los Aragoneses del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo ofreció la corona de Aragon á Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe el Atrevido. Las Vísperas sicilianas perturbaron á la vez á la España, Francia é Italia. Felipe III creyó que era de su honor vengar la mortandad de Franceses en Sicilia. Por otra parte, Jaime de Aragon, rey de Mallorca, cuya familia habia sido destronada por la de Pedro III, tomó tambien las armas; y Carlos de Anjou organizó la mas formidable resistencia contra sus adversarios. Pero fué batido y destruido bajo los muros de Mesina y en las cercanías de Trápani. Todos los esfuerzos de las armas francesas se redujeron á la toma de Gerona. El almirante aragonés, Roger de Laura, batió tres veces en las costas de la Cataluña á las flotas combinadas de Nápoles y Francia. Fueron suspendidas en fin las hostilidades en 1285 por la muerte simultánea del papa y de los reyes de Francia, Nápoles, Aragon y Castilla. Martino IV murió en Perusa, el 21 de marzo de dicho año (1).

(1) Es gran desgracia no poderse averiguar con certeza la causa verdadera de los acontecimientos políticos en que se hallan heridos los sentimientos nacionales de los partidos opuestos. Segun los historiadores de Aragon, Sicilia, Castilla y aun de la Alemania, las *Vísperas sicilianas* no fueron precisamente una *conjuracion urdida* muy de antemano, sino un *pronunciamiento* popular originado del insulto desho-

51. Dos años antes, Miguel Paleólogo habia muerto excomulgado por la parte que habia tomado en las Vísperas sicilianas [segun unos, mas segun otros, por haberse averiguado que faltó á su juramento y habia apostatado en varias ocasiones]. Le sucedió su hijo Andrónico II, príncipe sin talento, sin valor ni virtudes, que llegó hasta negar la sepultura á su propio padre [*porque habia apostatado en el concilio de Lyon*]. Por manera que murió mal con los Griegos y con los Latinos]. El nuevo emperador siguió una conducta diametralmente opuesta á la de su padre. Hizo quemar públicamente las actas del concilio general de Leon; rompió abiertamente con Roma, y persiguió á los Griegos nuevamente convertidos á la fe católica. Se vieron entonces, como en tiempo de Coprónimo, Leon Isauro y Constancio, delatores infames, víctimas y suplicios. El cisma de Oriente, interrumpido por algun tiempo, revivió con mayor fuego y violencia que antes.

§ XV. PONTIFICADO DE HONORIO IV (2 de abril de 1285-3 de abril de 1287).

52. El 2 de abril de 1285 fué elegido papa en Perusa [por cuanto ardia Roma en guerras y discordias] el cardenal Jacobo Savelio, que fué consagrado en la ciudad eterna, el 6 de mayo del mismo año, y tomó el nombre de Honorio IV. Aun no se habia observado en esta eleccion la constitucion de Gregorio X sobre el conclave: porque era tan odiosa á los cardenales, que en la circular dirigida á los obispos de la cristiandad para anunciar su eleccion, el nuevo papa se expresaba así: « Despues

nesto hecho por un gentil-hombre francés á una dama siciliana. Como ya estaban los ánimos de los Sicilianos muy enconados contra el gobierno despótico y violento de Carlos de Anjou; como este príncipe no castigaba los atentados contra la moral cometidos por los Franceses de la Isla contra las doncellas y aun casadas sicilianas; como, en fin, estaban los ánimos desesperados, tuvo lugar la explosion general del descontento en el dia de infausta memoria de las *Vísperas sicilianas*. El rey don Pedro fué llamado mucho despues al socorro de Sicilia contra Carlos de Anjou por los mismos Sicilianos, como el mas próximo allegado del infeliz cuanto bueno Conrado, cuya bárbara muerte habia abierto una llaga profunda en los Sicilianos. Los papas, creyendo mas á los Franceses que á los demás, obraron en consecuencia.

(El Traductor.)

» de los funerales del papa Martino IV, de feliz memoria, nos
 » hemos reunido libremente el 1º. de abril sin habernos encer-
 » rado en conclave, segun el damnable abuso que se ha intro-
 » ducido en la Iglesia romana. » Al advenimiento de Honorio IV,
 Alfonso IV subía al trono de Alfonso, Sancho el Bravo inaugu-
 raba su reinado en Castilla, y Felipe el Hermoso en Francia.
 La sucesion de Carlos de Anjou pertenecia á Carlos II, dicho el
 Cojo; pero estaba prisionero en Aragon; habiendo sido ven-
 cido por Roger de Laura. Honorio IV esperaba calmar el con-
 flicto causado por las Visperas sicilianas por via de clemencia,
 y entabló con este objeto negociaciones con Alfonso III, rey de
 Aragon, para dar libertad á Carlos II; pero habiendo hallado
 insuficientes las condiciones que le propuso este príncipe, se
 frustró su mediacion. Iba á entablar nuevas negociaciones
 sobre otras bases, pero la muerte le sobrecogió, en 1287, á los
 dos años de pontificado.

§ XVI. PONTIFICADO DE NICOLÁS IV (15 de febrero de 1288-4 de abril de 1292).

53. Sobrevino una peste en el momento en que los carde-
 nales estaban reunidos para la eleccion, y se alargó cerca de
 un año la vacante de la Santa Sede. Por fin fué elegido el car-
 denal Tinei, á pesar de su resistencia, el 22 de febrero de 1288,
 y tomó el nombre de Nicolás IV. Mas feliz que su antecesor,
 logró del rey de Aragon la libertad de Carlos II, á quien con-
 sagró por sí mismo en el Vaticano con las mismas condiciones
 impuestas á su padre, Carlos I, por Clemente IV. El tratado
 de Tarascon, que terminó este negocio en 1291, contenia renun-
 cia de Alfonso III al trono de Sicilia; de Carlos de Valois á sus
 pretensiones al reino de Aragon, segun la bula de Martino IV;
 Carlos II, el Cojo, renunció al ducado de Anjou, que fué confe-
 rido al conde de Valois. En tanto que la influencia del papa
 daba paz á la Europa, las facciones continuaban asolando la
 ciudad de Roma. Jacobo Colonna se hizo proclamar, en 1290,
 señor del nuevo imperio romano. El partido de los Gibelinos,
 que le habia elegido, llevó en triunfo á este príncipe por las

calles de la ciudad, con aclamaciones del populacho, que le
 llamaba César. Los Orsinis, cabezas de los Güelfos, comen-
 zaron una lucha encarnizada y sangrienta. Roma fué teatro
 de motines, asesinatos é incendios. En 1292, despues de un
 combate terrible, ambos partidos se decidieron á transigir, y
 fueron elegidos *senadores conjuntos*, Estéban Colonna y Orso
 Orsini. Muy poco duró esta paz. Un mes despues, murió Esté-
 ban Colonna, y Orsini hizo dimision de su cargo; y al momento
 comenzaron nuevas sediciones. La muerte de Nicolás IV,
 ocurrida en el 4 de abril de 1292, impidió que el papa inter-
 pusiese su influencia para calmar y unir los ánimos. En los dos
 últimos años, habian absorbido la atencion de este papa los
 graves cuidados que exigia el deplorable estado de la Palestina.
 La toma de Ptolemaida, último baluarte de los cristianos, aca-
 baba de sumir en duelo á la Europa. Nicolás IV habia escrito
 en vano cartas muy apremiantes y sentimentales á todos los
 reyes de Occidente, empeñándolos á una nueva cruzada; mas
 no fué escuchada su voz. Egipto, Palestina, Siria, todo, todo
 cayó definitivamente en poder de los Musulmanes, y nadie en
 lo sucesivo ha venido á levantar aquellas tan florecientes
 Iglesias de la primitiva cristiandad. Solo se han conservado por
 la Iglesia los títulos puramente nominales de aquellas tan
 famosas, tan florecientes sillas; y es lo que llamamos hoy obis-
 pados *in partibus*.

§ XVII. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO V (7 de julio de 1294-13 de diciembre de 1294).

54. En más de dos años no pudieron entenderse los carde-
 nales sobre la eleccion de un papa. Estas largas y frecuentes
 vacantes bastarán para justificar la sabia medida de la consti-
 tucion de Gregorio X acerca de los conclaves, tan repugnante á
 los cardenales. Despues de interminables debates, recayeron
 por fin los votos en san Pedro de Moron, instituidor de la ór-
 den de los Celestinos, de quien ya hemos hablado. La noticia
 de su eleccion sorprendió al santo anciano en su austero retiro,
 y le hizo derramar torrentes de lágrimas. Fué necesario lle-

varlo á la fuerza y consagrarlo á su pesar, en Aquileya, el 29 de agosto de 1294. Arrancado de un golpe á sus extáticas contemplaciones, extraño al mundo, á sus pasiones, á sus movimientos, le faltaba en un todo la experiencia de los hombres. En tanto que el santo abad estaba, hecho pontífice, en continua oracion y meditacion en una celdita que se hizo construir en lo interior de palacio, todo era desórden en el gobierno de la Iglesia. Unas mismas gracias eran otorgadas á muchas personas distintas á la vez, y se hacian tráficos escandalosos de pergaminos revestidos del sello pontificio. Carlos el Cojo alcanzó un decreto que le absolvía del juramento exigido de él por los cardenales de no retener la curia romana en los Estados napolitanos. Sin saberlo, entregaba Celestino V el poder pontificio en mano del sagaz monarca. Los hombres sensatos deploraban este estado, y sus quejas llegaron á oídos del papa. Como no habia aceptado el pontificado sino contra su propio sentimiento, por no mostrarse rebelde á la voluntad de Dios, creyó conocer en estas voces acusadoras la expresion de la misma voluntad divina de que dejara un peso superior á sus fuerzas. El 13 de diciembre convocó el santo papa á los cardenales á consistorio solemne. Compareció ante ellos revestido de todos sus ornamentos pontificales y leyó en alta voz el acta de renuncia á la Santa Sede. Despojándose en seguida de las insignias del pontificado, volvió á tomar el hábito del ermitaño Moron, y se despidió de la asamblea, que le acompañó tierna, respetuosa y llorosa, encomendando á sus santas oraciones la viudedad de la Iglesia. Su abdicacion termina la quinta época de la historia eclesiástica.

CAPITULO X.

SUMARIO.

RESÚMEN HISTÓRICO DE LA ÉPOCA QUINTA DE LA IGLESIA.

1. Lucha de los emperadores de Alemania contra la Iglesia. — 2. Santidad de la mision de los papas de esta época. — 3. Cardenales. — 4. Relaciones del obispado con la Santa Sede. — 5. Costumbres del clero en esta época. — 6. Accion de la Iglesia sobre la sociedad de la edad media. — 7. Cruzadas. — 8. Expedicion contra los Albigenses. — 9. Propagacion del Evangelio. — 10. Espiritu de fe. Culto. Devocion á la santísima Virgen. — 11. Órdenes religiosos. — 12. Universidades. — 13. Arquitectura gótica. — 14. Simbolismo religioso del arte gótico. Catedrales de esta época.

1. Nunca manifestó la Iglesia mas libremente su fuerza de accion que en la quinta época de su historia, que constituye el período mas brillante de la edad media. El pontificado, realizado de sus abajamientos del siglo x por Silvestre II, fué bajo los pontificados de san Gregorio VII é Inocencio III, soberano del mundo. Ya hemos visto á qué precio lo compró. Las mas ardientes pasiones de naciones jóvenes é indisciplinadas; la extension del derecho feudal que de cada señor hacia un soberano; las pretensiones de los príncipes sobre las elecciones eclesiásticas, fueron otros tantos obstáculos al desarrollo del poder tutelar de los soberanos pontífices. Pero cuanto mayores eran las dificultades, mas atestiguaban la necesidad absoluta, en el seno de las sociedades cristianas, de una potencia enérgica que reprimiese las violencias, previniese los abusos, castigase los crímenes y moralizase al mundo. Interviniendo por todas partes como mediadores, entre los príncipes y los vasallos, entre los pueblos y los Estados; juzgando en nombre de Dios á los reyes y á las naciones; oponiéndose á la injusticia bajo todas sus formas, los papas satisfacian una necesidad social y usaban de un derecho que les reconocia unánimemente la opinion pública. Este hecho no parece incontestable si se